

han extraviado á la filosofía y á la religión. Jamás habrá suministrado la historia una lección más grave y más saludable á los pueblos. Iluminados por el pasado, no confundirán ya el pan de vida con un alimento envenenado; no porque todo sea veneno en el cristianismo tradicional y en la filosofía que se ha inspirado en él, sino que ha llegado el tiempo de separar el error de la verdad.

La Revolución del 89 ha inaugurado una era nueva. Hoy ya gozamos de sus inapreciables beneficios, y otros aún mayores nos esperan. ¿A quién somos deudores de ellos? ¿y de dónde hemos de sacar la palabra de vida? ¡Cuestión capital! Importa que sepamos si somos hijos de la Iglesia ó hijos de la filosofía. Nuestra respuesta es conocida de antemano. La fuente de vida no está en el pasado; sólo por una falsificación de la historia se llega á transformar el catolicismo en una religión de libertad. ¿Quiere esto decir que haya que rechazar al cristianismo mismo como una religión de servidumbre? Es verdad que el cristianismo tradicional no ha tenido jamás el sentido de la libertad política; pero también es verdad que hay en la predicación de Jesucristo un primer germen de esta libertad individual, de estos derechos del hombre que nos son tan queridos. Él ha sido el primero que ha emancipado la conciencia del yugo de la soberanía absorbente de César. Pero debemos añadir que la Iglesia ha alterado, corrompido las palabras de aquél á quien respeta como á un Dios, hasta el punto de que una doctrina de emancipación ha llegado á ser una doctrina de servidumbre. Para dar á las palabras de Jesucristo su verdadero sentido, para desarrollar el germen de libertad religiosa que contienen, ha sido precisa una nueva civilización, razas nuevas; ha sido preciso un movimiento filosófico, completamente ajeno al fundador del cristianismo. En este sentido saludamos á Jesucristo como el precursor de la libertad moderna, y por consiguiente, de la Revolución. Por esto mismo censuramos á sus indignos sucesores, que han usurpado su herencia y explotado su gran nombre. Los verdaderos y legítimos herederos son los libres pensadores. Nosotros somos, pues, hijos de la filosofía, y no hijos de la Iglesia.

## § II.—La Revolución y el cristianismo.

N.º 1.—*Las ilusiones de los amigos de la libertad.*

### I.

El 5 de Agosto de 1789, un orador cristiano, el abate Fauchet, subía al púlpito para celebrar la memoria de los mártires del 14 de Julio. Singular espectáculo, que hubiera hecho retroceder de horror á Bossuet y al mismo Fenelon! En un templo católico, un ministro de la Iglesia romana iba á pronunciar la oración fúnebre de los hombres que habían derramado su sangre por la libertad, destruyendo el antiguo régimen personificado en la Bastilla. Ahora bien, hasta la víspera de la Revolución, los representantes oficiales del catolicismo habían condenado, censurado, las aspiraciones de la libertad! Habían ensalzado el antiguo régimen, la monarquía absoluta, como un poder instituido por Dios, y ordenado la obediencia pasiva como el primer deber del cristiano! Pongamos frente á estos sentimientos tradicionales de la Iglesia los nuevos acentos que resonaron en el santuario de Nuestra Señora (1).

El abate Fauchet rechaza altamente, con desprecio, «á los falsos intérpretes de los divinos oráculos que quieren, en nombre del cielo, hacer que los pueblos se arrastren bajo la voluntad arbitraria de sus jefes. Han consagrado el despotismo, exclama, haciendo á Dios cómplice de los tiranos. Este es el más grande de los crímenes.» El sacerdote demócrata va á probar que Jesucristo ha predicado la democracia: «¿Qué dice el Evangelio? *Los reyes de las naciones infieles dominan. Hermanos, no sucederá lo mismo entre vosotros. Tendréis que comparecer ante los reyes y ante los que presiden; os mandarán la injusticia, y vosotros les resistiréis hasta la*

(1) FAUCHET, abate, *Discurso pronunciado el 5 de Abril de 1789 por los mártires del 14 de Julio*, p. 6-8.

muerte.» La traducción que el abate del 89 hace de las palabras de Cristo en lenguaje revolucionario es algo libre, como se ve; aplica indudablemente las ideas de la Revolución al Evangelio. Bossuet hubiera tenido mucho que contestar á esta parodia de la Escritura. El abate Fauchet no disimula que hay en los libros sagrados frases que parece mandan la obediencia pasiva. «Los falsos doctores del despotismo, dice, triunfan, porque está escrito: *Dad al César lo que es del César.* Pero ¿y lo que no es del César, hay también que dárselo? Ahora bien, la libertad no es de César, es de la naturaleza humana. El derecho de opinion no es de César, y el derecho de defensa es de todos los hombres. Los tributos no corresponden á los príncipes, más que cuando los pueblos consienten en ellos. Los reyes no tienen derecho en la sociedad más que á lo que les conceden las leyes, y nada les pertenece más que por la voluntad pública, que es la voz de Dios.» Hé aquí un comentario de las célebres palabras del Evangelio que Cristo no hubiera comprendido siquiera. No se sabía en tiempo del imperio romano lo que quería decir el concurso de la nación para legitimar los tributos. En cuanto á los derechos del pueblo, ¿no los había transmitido todos á César? Al decir que era preciso dar á César lo que es de César, Jesucristo consagraba, pues, en realidad el despotismo.

Esto no impide al abate revolucionario transformar á Jesucristo en demócrata. Citamos estas palabras porque encierran una grande enseñanza. Se quiere hacer de Cristo un tipo ideal; unos le confunden con Dios; otros le colocan tan por encima de la humanidad, que es imposible que los hombres sobrepujen su doctrina, y aún apenas que puedan alcanzar á ella. ¡Ilusion del espíritu humano! En cada época de su vida, la humanidad da distinto sentido á las palabras del Evangelio, aplicándole sus aspiraciones y sus esperanzas. De este modo se va agrandando de dia en dia á un hombre con todos los progresos que los hombres realizan. En 1789, la democracia hacía una guerra á muerte á la aristocracia; bajo la influencia de estas ideas, Cristo llega á ser un demócrata: «Jesucristo, dice el abate Fauchet, murió por el género humano, muriendo por su patria. Fué inmolado como enemigo de César. Esto era un falso pretexto para los deicidas; pero era en el Hijo de Dios una gran lección, tanto para los Césares como para los pueblos.

*Se había levantado contra los aristócratas de su nación; medítad esta importante verdad, hermanos míos. Denunciaba incesantemente á la indignación pública los tiranos del pueblo, los exactores injustos de los subsidios, los déspotas del pensamiento, todos los opresores.»* Qué extraño concepto de la predicación evangélica! Cristo no hubiera comprendido seguramente lo que quieren decir el despotismo del pensamiento y la tiranía contra la cual se le hace predicar. En 1789, todas las preocupaciones se reasumían en la lucha contra la nobleza; se halló en el Evangelio lo que se buscaba, las ideas de la Revolución. Se odiaba á la aristocracia como el origen de todos los males; faltábale una última maldición: el abate Fauchet va á lanzársela: «Los aristócratas indignados engañaron á la multitud, que se doblegaba ante su orgullo; insinuaron en el alma vil de sus esclavos la rabia que los animaba contra el libertador de los hombres. En fin, hermanos míos, moriré contento después de haber dicho esta sola frase: *¡La aristocracia fué quien sacrificó al Hijo de Dios!*»

Nuestros lectores creerán, sin duda, que el abate Fauchet es algun falso hermano, algun lobo cubierto con la piel de cordero. No; este orador, que tenía siempre la libertad en los labios y la revolución en el corazón, este demócrata con sotana era el predicador del Rey. Era, ó se creía al ménos, ortodoxo. El abate Fauchet no creía que se separaba de Roma. Pronunció el 4 de Febrero de 1791 un sermón sobre la *armonía de la religion y de la libertad.* ¿Cuál es la religion que, según él, se armoniza tan perfectamente con la libertad? La religion católica. Sí; el orador revolucionario sostiene muy formalmente que el verdadero régimen de la Iglesia católica es el régimen de la libertad. Invoca la conducta de los primeros Padres de la Iglesia: «¿Acataban la tiranía aquellos hombres divinos, cuyo valor invencible ensalzamos? Cuando se quería prohibirles la libertad de sus pensamientos y de sus actos religiosos, ¿se sometieron á aquel despotismo impío que violaba el primer derecho del hombre? *Tú puedes degollarnos, tirano, pero no conseguirás doblegarnos bajo tus órdenes arbitrarias. Tortura nuestros cuerpos; nosotros guardaremos nuestras almas. Poseemos la palabra; usaremos de ella con libertad mientras tengamos voz para hacernos oír. Estamos en la verdad; la practicaremos delante de tí,*

la propagarémos hasta en tu palacio mientras tengamos un corazón para enseñarla. Tú me has hecho asar sobre ascuas; puedes comerme. Pero tú no devorarás el Evangelio de la fraternidad con mi carne; éste va á dominar con mi incorruptible pensamiento sobre tu imperio» (1).

¿Necesitamos añadir que el predicador revolucionario tergiversaba el carácter de los mártires lo mismo que tergiversó el de Cristo? El abate Fauchet es el verdadero tipo de aquellos pretendidos discípulos de Cristo que pretenden unir la estrecha ortodoxia de la Iglesia romana con el amor de la libertad llevado hasta las ideas más democráticas. Volverémos á verlo en otra parte (2) preludivando el régimen constitucional que la Asamblea nacional impuso á la Iglesia de Francia, tomando parte en el cisma galicano como obispo y siguiendo llamándose católico romano. No ponemos en duda la sinceridad de su fe. Pero lo que es aún ménos dudoso es que, lo mismo el abate Fauchet que sus sucesores, que tenemos á la vista, eran la contradicción en carne y hueso. Hay un dogma en la religion católica que por sí solo bastaria para destruir toda libertad, porque es el fundamento del despotismo de la Iglesia, del despotismo más absoluto, la creencia de su infalibilidad. Ahora bien, en el sermón mismo en que el abate Fauchet decia que el verdadero régimen de la Iglesia católica es el régimen de la libertad, sostenia el dogma de la infalibilidad, y en seguida venian apasionados llamamientos á la libertad, ó mejor dicho, á una destruccion general: «Connuévase todo, anímese todo en ambos mundos, de un polo á otro, en tronos y cabañas. Suena la hora de la libertad; la plenitud de tiempos ha llegado; los tiranos están maduros...» El destino trágico del orador sagrado que pronunció el elogio de los héroes del 14 de Julio es la imágen de las contradicciones inconciliables que se entrechocaban en su espíritu. Reprobado como cismático, y aún como hereje, por la Iglesia á que pertenecia, y á la que, á pesar del Papa, pretendia permanecer unido, fué llevado al cadalso por la Revolucion que él habia sido el primero en glorificar en el púlpito de Nuestra Señora.

(1) BAILLY, *Memorias* (en la *Coleccion de Memorias relativas á la Revolucion francesa*, de BERVILLE, t. II, p. 306, nota).

(2) Véase el tomo XV de mis *Estudios sobre la Historia de la Humanidad*.

Si el abate Fauchet fuera una figura aislada, no mereceria una mencion en la historia de las ideas manifestadas en 1789. Pero no es una simple curiosidad histórica. Gran parte de lo que se llamaba bajo el antiguo régimen el *bajo-clero*, se reunió alrededor de la bandera de la Revolucion, y aceptó la constitucion civil decretada por la Asamblea nacional, como una vuelta al cristianismo primitivo. La Iglesia constitucional se acomodaba por completo á las ideas republicanas del abate Fauchet. Uno de sus obispos, que tenia asiento en la Asamblea legislativa, ha alcanzado alguna celebridad por la armonía que sus palabras de paz y de caridad establecieron por algunos momentos entre los partidos que se disputaban el poder. Lamourette era un hombre evangélico, entusiasta al mismo tiempo por la democracia; quiso probar que la constitucion nueva que la Francia acababa de darse estaba fundada en la Sagrada Escritura. Bossuet habia fundado el despotismo en los libros sagrados; Lamourette invoca la palabra divina para fundar en ella la democracia: «Se sigue confundiendo, dice, la religion teológica, que no es más que una doctrina aristocrática, con la doctrina del Evangelio, que es aún más democrática que la constitucion. No sería difícil probar, por medio de interesantes monumentos, que á las máximas de esa obra grande é inmortal, llamada Evangelio, se debe el no ser ya juguete de un puñado de *lictors*, llamados *reyes*, y que, por consiguiente, la constitucion, de la cual esperais la felicidad del pueblo, es un resultado de ese libro filosófico que en medio de la esclavitud del mundo entero advertia á los hombres su embrutecimiento» (1).

Lamourette pronunció estas palabras el 21 de Noviembre de 1791. El 21 de Setiembre de 1792, la Convencion puso fin al régimen de los *lictors*. ¿Quién tomó la iniciativa de la República? ¿Quién pronunció aquellas célebres palabras: *la historia de los reyes es el martirologio de las naciones*? Tambien un obispo constitucional, el abate Gregoire, una de las más bellas figuras de la Revolucion. Fué el defensor de la libertad bajo todos los sistemas. Cuando la Convencion temblaba bajo el despotismo del Terror, cuando las pasiones anticristianas se traducian en bacanales en

(1) *Monitor* de 22 de Noviembre de 1791.

el seno mismo de la Asamblea, vióse al obispo constitucional presidir la Convencion con sus hábitos sacerdotales. Para él tambien la fe y la libertad eran hermanas, y su fe era la creencia más austera, la del jansenismo.

Se comprenden las ideas del clero constitucional. Nacido de una revolucion, era revolucionario por su esencia; por otra parte, conservó la fe que habia adquirido en su educacion; muy pocos de sus miembros dieron el escándalo de la apostasía. Necesitaba, pues, conciliar el amor de la libertad con las creencias cristianas. La reprobacion de Roma, el ódio que los ortodoxos mostraron siempre á los constitucionales, indica cuál era la ilusion de los que creían seguir siendo fieles al cristianismo tradicional, sin dejar de abrazar las ideas del 89 y del 92. Sin embargo, aquellas ilusiones debian tener gran poder, puesto que hasta conquistaron espíritus que no participaban de la fe del clero constitucional. Uno de los oradores más brillantes de la Asamblea nacional, Carlos de Lameth, pronunció un día frases que el abate Gregoire hubiera podido hacer suyas: «¿Qué ha hecho la Asamblea nacional? Ha fundado la Constitucion sobre aquella consoladora igualdad, tan recomendada por el Evangelio; ha fundado la Constitucion sobre la fraternidad y sobre el amor de los hombres; para servirme de los términos de la Escritura, *ha huérfano á los soberbios*; ha puesto bajo su proteccion á los débiles y al pueblo, cuyos derechos eran desconocidos; ha realizado, en fin, para felicidad de los hombres, aquellas palabras del mismo Jesucristo cuando dice: *Los primeros serán los últimos, los últimos serán los primeros*» (1).

Lameth y casi todos los constituyentes no eran católicos; no eran ni siquiera cristianos. Si se empeñaban en relacionar las ideas nuevas con las creencias antiguas, es indudablemente porque el hombre no puede romper por completo con el pasado. La Revolucion, á pesar de su audacia de innovacion, conocia la necesidad de legitimarse, relacionándose con una creencia que habia seguido siendo la de la inmensa mayoría de la nacion. A medida que avanzó

(1) BUCHEZ Y ROUX, *Historia parlamentaria de la Revolucion francesa*, t. V, pág. 349.

en su carrera de gigante rompió cada vez más con la tradicion católica, sin abandonar, sin embargo, por completo el cristianismo. Sólo que no fué á Roma á buscar sus títulos sino al Evangelio. Se lee en la altiva carta que el Consejo Ejecutivo dirigió en 1792 al Papa, «que los principios evangélicos respiraban la más pura democracia.» Aquella carta era obra de una mujer, de madame Roland (1), que no era cristiana; no tenía más fe que la libertad, y la conservó hasta el cadalso; pero habia sido creyente en su juventud, y conservó su espíritu religioso. Aun en medio del reinado del Terror, el nombre de Cristo fué invocado como un nombre amigo de las clases á quienes desheredaba el antiguo régimen y que entonces eran soberanas. Camilo Desmoulin habló del *descamisado Jesucristo* en el momento en que compareció ante el terrible tribunal que no daba más que sentencias de muerte. Hay que volverse á colocar en aquel orden de ideas para comprender que Garat, ministro de Justicia bajo el Terror, comparase á Robespierre con Jesucristo (2). Se hablaba de cristianismo sin ser cristiano; se hablaba del Evangelio sin haberlo leído jamás, y de los dogmas cristianos sin conocer el catecismo, como más tarde, despues de 1848, lo ha hecho esa turba de socialistas y de comunistas ignorantes que invocaban la *eucaristía social* y la *comunion fraternal* para legitimar los más bajos apetitos, y que pretendian poner sus sueños materialistas bajo el amparo de aquel que predicó el espiritualismo más excesivo. Hé aquí á qué conduce la ciencia histórica que consiste en palabras y en frases. Tomad tres palabras: *libertad, igualdad, fraternidad*; hacedles decir cuanto queráis, y en seguida bautizad de cristianismo esta palabrería, y tendréis una imagen del cristianismo descamisado de 1793 y del cristianismo socialista de 1848.

## II.

La opinion que atribuye la Revolucion al cristianismo ha hallado eco entre los que, aunque dejándose arrastrar por el torrente

(1) MADAME ROLAND, *Memorias* (en la *Coleccion de Memorias relativas á la Revolucion francesa*).

(2) DE BARANTE, *Historia de la Convencion nacional*, t. I, p. 11.

revolucionario, sienten la necesidad de una fe, ó, al menos, de una tradicion. Es más bien un vago instinto que una doctrina.

Hé aquí por qué se le halla en los campos más opuestos. Dos escritores que consagraron parte de su vida á reunir los monumentos de la Revolucion francesa, Buchez y Roux, se adhirieron con sinceridad á los principios del 89 y se alimentaron de ellos como de la palabra de vida. Los autores de la *Historia parlamentaria* creyeron ver en el inmenso movimiento que se desarrollaba ante sus ojos una manifestacion del espíritu evangélico: «La Revolucion francesa, dicen, es la consecuencia última y más avanzada de la civilizacion moderna, y la civilizacion moderna ha salido toda ella del Evangelio. Este es un hecho irrecusable, si se consulta la historia, estudiando en ella no solamente los acontecimientos sino tambien las ideas motrices de los mismos. Es tambien un hecho incontestable, si se examinan, y si se comparan con la doctrina de Jesus todos los principios que la Revolucion inscribió en sus banderas y en sus códigos: aquellas palabras de *igualdad* y de *fraternidad* que puso al frente de todos sus actos y con las cuales justificó todos sus errores» (1). Tambien nosotros apelamos á la historia y hemos dicho y repetido que las ideas gobiernan al mundo; pero nosotros estudiamos la civilizacion en todos sus elementos y no en uno sólo. Ahora bien, si leemos que el cristianismo ha desempeñado un gran papel en el desarrollo de la humanidad, tambien leemos que las razas germánicas tienen una mision no menos gloriosa. El atribuirlo todo al cristianismo es no ver más que un aspecto de nuestro estado social. Además, ¡cosa extraña! los autores de la *Historia parlamentaria* no hablan más que de la *igualdad* y de la *fraternidad*; olvidan la *libertad*. Sin embargo, la libertad tambien figura en la bandera de la Revolucion. Y de dónde proviene? ¿no será de los Germanos?

Las mismas ilusiones y las mismas esperanzas volvemos á encontrar en una pequeña escuela, por mejor decir, en dos hombres que, juntamente creyentes y demócratas, dirigen todos sus esfuerzos á conciliar la fe antigua con las tendencias que rigen á la hu-

(1) BUCHEZ Y ROUX, *Historia parlamentaria de la Revolucion francesa*, t. I, pág. I.

manidad desde el 89. M. Huet, discípulo y amigo de Bordas-Demoulin, no cree que la Revolucion y el cristianismo sean dos poderes enemigos, irreconciliables. Cree, por el contrario, que no hay salvacion para la humanidad más que en su armonía. «Yo he meditado, dice, á la luz de los tiempos modernos, sobre la mision del Salvador del mundo; yo he sacado de las fuentes sagradas la enseña social del cristianismo, y al separar lo que proviene de los hombres para atenerme á lo que proviene de Dios, hallé manifestamente que la religion cristiana consiste, no solamente en hacer por medio de la Iglesia ciudadanos para el cielo, sino tambien en erigir aquí abajo una libre y fraternal sociedad.» Hé aquí lo que llamamos una ilusion. En realidad, MM. Huet y Bordas-Demoulin predicán un cristianismo nuevo. El verdadero cristianismo, la religion de Cristo y de sus primeros discípulos, es una religion del otro mundo: M. Huet quiere hacer de ella una religion de este mundo. Tiene razon, es una condicion de existencia tanto para la religion como para la sociedad. Pero esta religion á que aspira, por más que proceda del cristianismo, no será ya el cristianismo.

Colocándose en el punto de vista de M. Huet, se comprende que quiera establecer una alianza entre la Revolucion y el cristianismo. Hay más que alianza; hay identidad. Las ideas de emancipacion que los demócratas predicán como una especie de nueva revelacion no hacen en realidad más que reproducir el Evangelio, ó son consecuencias necesarias de sus dogmas. El cristianismo es el principio; la civilizacion nueva, la consecuencia. Pero este cristianismo no tiene nada de comun con el cristianismo histórico. Es completamente evidente que el autor del *Cristianismo social* se aparta del catolicismo romano; éste coloca su ideal en la Edad Media, al paso que el escritor frances declara que su Evangelio es radicalmente opuesto á la teocracia, á la intolerancia, á la inquisicion; en cuanto al régimen de la Edad Media, lo considera como una terrible dictadura, necesaria por la barbarie de los tiempos. A sus ojos, la verdadera sociedad cristiana no toma posesion de la escena del mundo hasta 1789. La bandera de la Revolucion es la del Evangelio: *libertad, igualdad, fraternidad*. ¿Qué importa que el nuevo dogma social haya sido luégo anate-